

# Forzar un *feminario*: deconstrucción de la docencia feminista de Julieta Kirkwood<sup>1</sup>

Carolina Ávalos Valdivia<sup>2</sup>

Recibido: 18 de junio de 2019 – Aceptado: 19 de agosto de 2019

## Resumen

En el 2017 se reeditó *Feminarios*. Al igual que en la primera edición de 1987, este libro compila distintos cursos de Julieta Kirkwood. En la última parte, la reflexión sobre la docencia propone como objetivo principal la conciencia feminista, en tanto una vía de acceso que daría paso a “el deconstruirnos”. Este texto intenta transitar por ese acceso como forma de vincular feminismo, deconstrucción y enseñanza de la filosofía. El intento es deconstruir un *feminario* para poder identificar algunas salidas de la clase de filosofía que no reproduzcan el orden hegemónico y opresor que supone el falogocentrismo.

**Palabras clave:** feminario - docencia feminista - performatividad - *différance* - exergo

## Forcing a *feminar*: deconstruction of the feminist teachings of Julieta Kirkwood

### Summary

*Feminarios* was reedited in 2017. Like the first edition of 1987, the books compiles a number of courses by Julieta Kirkwood. The last part centers on teaching and puts forward feminist awareness as a principal objective, a point of entry for beginning the process of ‘deconstructing ourselves’. This new text sets out to use this starting point as a means of linking

<sup>1</sup> Una incipiente versión de texto fue leída en las Quintas Jornadas filosóficas “Hermenéutica y teoría de la imagen: archivo y ficción”, como presentación de la 2ª edición de *Feminarios* de Julieta Kirkwood, a cargo de la editorial del Colectivo Communes. Instituto de Filosofía de la Universidad Austral de Chile, 25 a 27 de abril de 2018.

<sup>2</sup> Chilena, Profesora de Filosofía, Licenciada en Filosofía y Doctora en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Doctora en Filosofía por la Universidad Paris 8 Vincennes – Saint-Denis, Francia. Académica del Instituto de Filosofía de la Universidad Austral de Chile. Contacto: carolina.avalos@uach.cl  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0053-9092>

feminism, deconstruction, and the teaching of philosophy. The goal is to deconstruct a *feminar* in order to identify departures from philosophy classes that do not reproduce the hegemonic and oppressive order imposed by phallogentrism.

**Keywords:** *feminar* - feminist teaching - performativity - *différance* - exergo

## Forçar um *feminario*: desconstrução da docência feminista de Julieta Kirkwood

### Resumo

Em 2017 foi reeditado *Feminarios*. Como na primeira edição de 1987, este livro compila distintos cursos de Julieta Kirkwood. Na última parte, a reflexão sobre a docência propõe como objetivo principal a consciência feminista, como uma via de acesso que daria lugar ao “nos desconstruirmos”. Este texto procura transitar por esse acesso como forma de vincular feminismo, desconstrução e ensino da filosofia. A tentativa é desconstruir um *feminario* para poder identificar algumas saídas da classe de filosofia que não reproduzam a ordem hegemônica e opressora associada ao falogocentrismo.

**Palavras-chave:** *feminario* - docência feminista - performatividade - *différance* - exergo

*El lenguaje proyecta haces de realidad sobre el cuerpo social,  
lo marca y le da forma violentamente.  
Por ejemplo, los cuerpos de los actores sociales.*

*Monique Wittig*

## 1. Hegemonía filosófica

Sabemos que la demanda del movimiento feminista es exigente. Lo sabemos, no porque identificamos cada trazo de la trama que implica esta transformación cultural, sino que lo sabemos por lo que oímos, porque entendemos<sup>3</sup> que las dimensiones de alcance son tan com-

<sup>3</sup> Concibo “oír” y “entender” desde las diferencias y semejanzas que hay entre el castellano y el francés. Por ejemplo, en la tercera acepción de oír: “hacerse cargo, o darse por enterado, de aquello de lo que hablan”. Y, desde el francés: entendre,

plejas como sería intentar pensar la transformación del pensamiento en el mismo hecho de pensar. Pensar en el pensamiento pensando la posibilidad de otro (des)orden de pensamiento. Hay que; es imperativo; es urgente tomar el testimonio desde la filosofía, porque, ya solo como discurso —sin necesidad de adjetivarlo como occidental, europeo, griego, alemán, francés, etc.—, impone un orden hegemónico, por tanto, opresor de otros pensamientos que tendrían derecho a la filosofía. Esto ya es sabido. Pero si desplazamos esta exigencia a la escena docente, la afirmación “enseñar a pensar” ya no sería suficiente. Incluso, desde un juego de negación del marco ideológico (Althusser 1988), de las condiciones institucionales (Derrida 1990) y de la funcionalidad de la filosofía (Vermeren 2009), por tanto, suponiendo que la filosofía solo se enseña en la lengua del decir, que se juega en una especie de zona inmune, habría que comenzar a pensar en la (im)posibilidad de enseñar a pensar (o a filosofar). Si esta antinomia fuera posible. Enseñar deconstruyendo(se). Partir del simulacro, de lo que se dice, de la neutralidad de la filosofía y desde allí comenzar el desmontaje para montar una (otra) escena. Se trata del juego de la docencia, ese que siempre es un montaje natural, esa puesta en juego donde hacemos creer que lo que pasa allí es todo lo que se juega.

Entonces, si el feminismo es la suspensión del orden patriarcal y si la filosofía, su discurso, sus conceptos y su historia, lo han reafirmado mediante el centralismo del  $\lambda\omicron\gamma\omicron\sigma$ , ¿qué tarea asume la filosofía mientras se reivindican los derechos de las mujeres?, mientras se reconstituye la historia de las mujeres; mientras se recupera el trabajo intelectual femenino; mientras se identifican las herencias matriarcales; mientras se ajusta el orden jurídico. ¿Cómo se puede comprometer la filosofía en cuanto disciplina y, sobre todo, en cuanto pensamiento con el

que es oír, pero que desde su etimología contiene “tender hacia (tendre vers), de dónde, tener intención [avoir intention], propósito [dessein]. También “dirigir su oreja hacia, de donde, recibir la impresión de los sonidos. Oír el ruido [entendre du bruit]”. Asimismo, entendre es: “dirigir su espíritu, de donde por extensión, comprender, aprehender el sentido”. Me interesa sobre todo la idea de “oír lo que se dice, oír lo que hablan”. Cfr. RAE y Littré, ambos en línea.

feminismo? ¿Es posible resguardar, al mismo tiempo, la disciplina filosófica y no reproducir la tiranía del *logos*?<sup>4</sup>

## Un *feminario*

Hoy, cuando la investigación estandarizada roba valor a la docencia, los números secuestran la letra y la hegemonía se instala en el mercado, el libro *Feminarios* de Julieta Kirkwood, desde el principio, hace justicia. Hoy, cuando se oye la urgencia de pensar desde la filosofía —como lugar de enunciación— las prácticas feministas como posibilidad de deconstrucción de la institución filosófica chilena, este libro se presenta con una potencia inusitada en textos de docencia y de pedagogía. Con el epígrafe: “Se aprende a conocer enseñando”, se abre esta obra en la que el valor de la práctica en el conocimiento y la importancia de la experiencia —común y colectiva— en la educación, nos hacen situar la mirada en el compromiso docente. Práctica, experiencia y compromiso encarnan, no tan solo la fuerza política que movilizó a la realización y publicación de estos cursos, sino también una dimensión performativa que permite ir pensando las posibilidades que emergen a partir de la filosofía en su enseñanza.

Bajo el título *Feminarios*, la antropóloga chilena Sonia Montecino compiló, en 1987, una serie de manuscritos correspondientes a material de clases, cursos, seminarios y charlas que Julieta Kirkwood realizó en distintos espacios, como parte de su labor de docencia feminista. Este libro tiene un doble carácter: por una parte pretende reunir, gracias al orden y metodología de la autora, las exposiciones orales presen-

<sup>4</sup> Esta pregunta, diríamos, es la pregunta por la deconstrucción de la filosofía. Jacques Derrida centró este trabajo en la relación de la filosofía y su institucionalidad, lo que implica, entre otros temas, la Universidad, la enseñanza de la filosofía, la institución educativa, programas, contenidos, etc. Trabajos realizados entre los años setenta y noventa, siendo compilados en el texto *Du droit à la philosophie*. Paris: Galilée, 1990. Una síntesis ilustrativa de lo que implica la deconstrucción de la filosofía como disciplina la desarrolla bajo el nombre *Les antinomies de la discipline philosophique* (Id. 511) Aunque la deconstrucción implica una deconstrucción del género en (de) la filosofía, no hay una referencia directa a la cuestión del género y la filosofía.

tadas en escritos organizados para ser enseñados, y, por otra, allá al final del texto, en un cuarto apartado que puede ser leído a modo de exergo, se presenta como parte de la *Docencia feminista*, el sentido, la estructura y la justificación de la importancia de la formación feminista entendida como *feminario* o programa mínimo.

Julieta Kirkwood recibe la voz *feminario* de la novela *Las Guerrilleras*, escrita por Monique Wittig (1971). Allí se refiere a libros-cuadernos de mujeres guerrilleras desde donde aprenden y enseñan saberes femeninos. Allí se los describe como distintos libritos que las guerrilleras intervienen: los escuchan, los leen, los escriben hasta que la voz y la risa les permea el cuerpo. Hay de distintos modelos, pero todos con un exergo, un fuera de obra que entre las guerrilleras se repiten al oído hasta que la risa les aviva el cuerpo. El *feminario* es un librito abierto, no concluido, que une con aquello que las excede: “cuyos párrafos preferidos llegan del otro lado repetidos por la voz que se aleja e insiste” (Wittig 1971 14). El *feminario* de las guerrilleras viene del eco del lago, viene de una voz que ya está, anticipada, que repite, e insiste que lo que es, es y lo que no es, es también. Un *feminario* es un eco que termina con la posibilidad de los contrarios. El eco desdoblado grita la voz de la partera Fenaretes, da a luz, da espacio al dolor, refiere el cuerpo, el útero, a la vagina, “de ahí viene que ese canto les evoque, como todo lo que recuerda la O, el cero o el círculo, el anillo vulvar” (Wittig 1971 14). Este libro, es para hojearlo, contiene páginas en blanco, muestra espacios para escribir, inscribir y también para prolongar el espacio mudo, para el no decir; de hecho, algunas hojas no dicen nada. En fin, un *feminario* es un libro que no está acabado, que su origen excede a la autora, a la palabra, a sus hojas. En él la voz, la palabra, el eco, la repetición, al rozar el cuerpo, siguen siendo los límites de la corporeidad, con la risa y con las vibraciones de la voz.

El *feminario* de Julieta Kirkwood deja de ser ficcional. De un librito en el que los márgenes de las palabras son inasibles, pasa a formar parte de un programa. Una programación hecha para principiantes por una experimentada. La ficción permite otro lenguaje en el que el margen, el adentro y el afuera están dados por la escena, por la naturaleza, el lago, el eco, por las guerrilleras entre su desnudez, sus

risas y su conversación. Lo dado de Wittig corresponde a lo logrado como fin del sistema patriarcal. La ficción misma está permeada por la performatividad del libro como obra. En cambio, el *feminario* de Kirkwood se institucionaliza, responde a una anterioridad, a una expectativa desde la que se trazan metas, estrategias y metodologías. Éste forma parte del programa mínimo de formación feminista en la que se pretende asegurar un espacio y un tiempo para la liberación de las mujeres. Guarda la idea de un tiempo reducido, dos a tres meses, con sesiones semanales; como tal, se subordina al programa máximo feminista, que en principio rebasa la docencia. El programa máximo tiene como fin último y general hacer llegar “[...] a cada mujer una conciencia de comprobación *afectiva* y *racional* de su opresión y de las relaciones con el opresor, habiendo pasado por una revisión, una puesta a prueba de todo el conocimiento humano y, al mismo tiempo que se le cuestiona, se le transforma” (Kirkwood 2017 156).

También propone cinco consideraciones necesarias para mostrar en más de seis meses, o quizá a lo largo de la vida, “el sexismo en distintas áreas del conocimiento social (y elaborar, en el acto de develar el conocimiento, la síntesis que surja)” (*Id.* 157). Así, propone, en primer lugar, el habla como comprobación y manifestación de lo que pasa, del poder que oprime. El habla para oírse, para hacerse entender, comprender, para poner de manifiesto la cuestión común, para verse en la otra, estar junto a la otra y hacer de la opresión una cuestión compartida y de lucha. El habla como punto de partida, partir de lo que se oye y de lo que se dice de “ellas”, de su género: “puesto que esta liberación es el resultado del ejercicio de invocar plenamente al ‘yo’, las mujeres salen de su género por medio del *habla*” (Butler 2007 235). En segundo lugar, frente a esta evidencia, se identifica la contestación y las dimensiones que abarca para superar la contradicción poder/opresión: la protesta es contra la opresión y sus distintas formas —de clase, de sexo, de edad, ecológica— y, finalmente, Kirkwood menciona que la contestación pacifista deja ver la violencia y la mística deja ver la pérdida del individuo<sup>5</sup>. Se sigue

<sup>5</sup> Vale la pena preguntarse si acaso la violencia merece ser tratada como una eviden-

de esto —como tercer punto— que el conocimiento es un elemento base para la formación de la conciencia feminista, pero de entrada esto conlleva una contradicción: “hemos captado el conocimiento como instrumento e imagen del mundo y hemos tomado conciencia del conocimiento con sesgo perturbador (aprendimos ciencias, instrumentos para ver el mundo desde el sexismo)” (Kirkwood 2017 154). Entonces, no se trata de conocer para tener el poder, porque la formación de la conciencia feminista no implicaría una guerra de sexos, sino más bien pasar por un levantamiento de datos, información, hechos, historia, etc., que respondan a la contestación sexista del conocimiento. El conocimiento no es neutral, ni tampoco las otras teorías de la contestación, porque las mujeres no hemos encontrado contención en ellas: “la tesis sería porque hay un patriarcado de izquierda” (*Id.* 155). Entonces, emerge la necesidad de elaborar formas propias del feminismo: en primer lugar, “la toma de conciencia”, el habla y la escucha de la otra, de su miseria y su dolor. En segundo lugar, el “examen crítico del conocimiento” y, en tercer lugar, “el feminismo docente”, que intentará: “La toma de conciencia del conocimiento, a partir de cómo nos sentimos, y de ahí es necesario pasar al cómo nos conocemos (y el próximo paso es cómo nos deconstruimos). Hay que tomar conciencia de cómo las maneras de conocer nos perpetúan en la opresión [...]” (*Ibíd.*).

En este sentido un *feminario* se propone como una manera de apropiación y de formalización de la conciencia feminista; como un seminario, una clase, una escena reservada para mujeres en su condición de mujeres, es decir, de seres humanos oprimidos. Aunque originalmente el *feminario* de *Las guerrilleras* contempla a seres que no son necesariamente mujeres —recordemos que, para Wittig, “las lesbianas no son mujeres” (2006 57)—, más allá si es debido catalogarlas de “ninfas, musas, diosas o guerreras” (Castillo 2017 15), en la edición en

cia particular de la contestación o más bien se trata de una cuestión transversal a toda opresión. Lo mismo para la pérdida del individuo, acaso puede corresponder a una cuestión onto-teleológica que estaría contenida en todo poder como autoridad (Derrida 1990 2018).

francés, Wittig se refiere a las protagonistas como *elles disent*, siendo traducido al español como “dicen”, lo que oculta la importancia de la alteración del género gramatical en el lesbofeminismo de la autora. Lo que ocurre en *Las guerrilleras* no es simplemente sobre *ellas* (Id. 15), sino que “[...] procura suprimir todas las combinaciones él-ellos (*il-ils*), todos los él (*il*) y ofrecer *elles* como la representación de lo general, de lo universal” (Butler 2007 239). La Sujeta, el *ella* del *feminario*, la dirección hacia la cual va dirigido, rebasa la del orden heterosexual, por lo tanto, a las mujeres. “El objetivo de este enfoque no es feminizar el mundo, sino hacer que las categorías de sexo resulten obsoletas en el lenguaje” (Wittig 2006 112). En este sentido, el *feminario* de Wittig nos sitúa, en primer lugar, en el orden del pensamiento desde el que se cuestiona el sistema patriarcal como hegemonía heterosexual. ¿Quién escribe un *feminario*? ¿Quién lo lee? ¿Quién enseña? La pregunta por el sujeto del lenguaje está implicada en la lucha contra la dominación del patriarcado. Desde aquí que la preocupación por los pronombres personales, en cuanto introducen el género en el lenguaje, y la literatura como una ficción —una máquina de guerra— que permite hablar a mujeres, gays y lesbianas desde una realidad ontológica anterior a aquella jerarquía dada por la masculinidad como lo universal y la feminidad como lo particular, hagan de *feminarios* una referencia docente de subversión de un orden.

Ahora bien, para Kirkwood, se trata en primer lugar de la conciencia de las mujeres, sin abandonar la posibilidad de romper con el binarismo subyacente. De formarse para resistir, transformar, pero sobre todo y como punto de partida, para conocerse a sí misma. Según la lectura que hace Alejandra Castillo, estos cursos parecen confrontar a aquel orden patriarcal que implica el seminario: “simiente, saber y orden masculino”, es decir, aquella “trama patriarcal ya secretamente urdida a la producción/reproducción de conocimientos, tenidos estos siempre como objetivos y neutros” (Castillo 2017 12). Es un programa cuyo objetivo principal es la conciencia del conocimiento feminista, por lo tanto, hay una atención especial al conocimiento de los “contenidos”, puesto que se trata de conocer “la biología, el sexo, el género, la alteridad, el orden patriarcal, los silencios culturales de las mujeres, la historia del feminismo y las rebeldías en sus éxitos

y sus fracasos" (*Id.* 14). El *feminario* apunta a un currículo feminista, a un plan de estudio para mujeres que considere la transmisión de conocimiento, pero también la lectura y presentación de textos por las participantes. Y, al mismo tiempo, el comentario y el análisis en conjunto, incluso los silencios están considerados.

En este sentido, estos cursillos guardan como valor principal el contacto con una sujeta material, situada y parte de un mundo común con otras mujeres. Kikrwood dice que se trata de estar "con los pies en la tierra" (2017 157), de pisar terreno firmemente, de sentirse en un lugar, de tener conciencia del contacto del cuerpo con la realidad, de que las que enseñan se contacten con lo concreto "se aprende a conocer enseñando" (*Id.* 166), que la teoría se vuelva materia. Asimismo, las principiantes, desde su experiencia, recibirán el conocimiento teórico, la toma de conciencia del conocimiento de presentarse ante la realidad desde un piso firme. Se trata de proponer una estrategia de práctica docente de sesiones determinadas, que duren entre dos y tres meses solo para novatas. Para mujeres que nunca se han acercado al feminismo. Podríamos decir, también, para personas primerizas, para cuerpos que han sido impedidos de pensarse a sí mismos. Un *feminario* que escape a la reproducción de una lógica hegemónica no tratará, entonces, de reproducir una formación feminista, sino más bien de visualizar una práctica reflexiva continua que complique al orden dominante.

### 3. El *feminario* como exergo

En el prólogo de la segunda edición, Alejandra Castillo se refiere a la abarcabilidad del texto. Para ella, el sentido de la palabra "feminario" habría que buscarlo en lo que enmarca, más que en lo que enseña. Entonces, recurre al marco histórico y contextual del feminismo, ese que se aprehende desde una temporalidad distinta, desde un ir y venir, entre un ajuste y desajuste de las épocas del feminismo. El marco de *Feminarios* sería el momento al que pertenece, ¿al de Amanda Labarca de 1969? ¿Al feminismo de mujeres blancas, liberales y madres? O, ¿al de las luchas feministas de mujeres blancas, heterosexuales de Estados

Unidos? ¿Se enmarca el feminismo de Kirkwood al feminismo de la disidencia negra y lesbiana?

La pregunta por el marco de *Feminarios* es lo que mueve el sentido. *Parergon*, “la exterioridad del excedente”, en cuanto “lazo estructural interno”, suple “la falta en el interior del *ergon*” (Derrida 2005 70). *Parergon* lo que está dentro y fuera del cuadro, al mismo tiempo y que, por tal, está a destiempo. Nos habla del límite de la definición y no solo de lo que enmarca sino de lo que no constituye el marco y, sin embargo, lo hace posible. *Feminarios* implica un *exergo*, un fuera de obra que lo constituye, que lo define desde su afuera supliendo una falta. Es allí donde encontramos su sentido docente: “(y el próximo paso es cómo nos deconstruimos)” (Kirkwood 2017 155). Es decir, allí donde la experiencia de cada persona, la ira y la risa, todos repartidos y reunidos a la vez en el cuerpo de cada uno y de/la docente, parecen mostrar ciertas salidas y fisuras del marco lógico de “la clase” de filosofía. Esta selección de cursos se nos presenta como un material de reflexión colectiva que posibilita ya no tan solo la creación de pensamiento, sino también la posibilidad de desestabilizar las estructuras político-epistemológicas que circulan en la puesta en escena docente. La propuesta feminista de Kirkwood es una propuesta que no admite la concatenación, apertura, entrega y cierre de la formación, porque siempre se trata de una práctica y experiencia de pensamiento. De aquí que la asumamos también como un material que, al ser leído en clave heterosexual y desde el logocentrismo que una propuesta formativa supone, solo podría encontrar su (sin)sentido final, ya que, en su constante desplazamiento, despliega su irreductibilidad a lógicas pedagógicas y educativas. “‘El pensamiento recto’, presente en los discursos de las ciencias humanas, ‘nos somete a todos, lesbianas, mujeres y hombres heterosexuales’ porque ‘presuponen que lo que crea la sociedad, cualquier sociedad, es la heterosexualidad” (Butler 2007 232).

La docencia feminista de Julieta Kirkwood tiene como fuente la experiencia singular de las mujeres para tensionar e interrogar, desde la dictadura a la política de lo político en dimensiones globales. A destiempo, para referir la singularidad del tiempo desde el cual se desa-

rolla *Feminarios*: “Muertos por fusilamientos, degollamientos, torturas, desapariciones, cuerpos mutilados, quemados, que eran hallados sin dejar huella respecto del modo en que habían a-parecido. Exiliados/as, silenciados/as, aterrados/as” (Luongo 2008 49). Julieta prepara sus clases anudando el dolor de su cuerpo a las lecturas y escrituras. Lo traduce, lo escribe desde la rabia, planifica para la transformación, enseña, habla no solo de lo que ve-sabe sino que aprende de lo que oye-intuye de y con las otras. “[...] Es posible preguntar al tiempo de Julieta, cómo es que se llega a pensar en deconstruir el género y situar dicha tarea como una labor política en medio de este escenario” (Luongo 2008 49). El tiempo de Julieta es en singular, es pura temporalidad: no le bastó la lucha por la democracia ni la lucha por la paz “de los hombres de Occidente”, su tiempo está diferido. Ese tiempo que busca recuperar, las identidades que se propone rescatar y reivindicar en su presente, no pueden ser (como) tales, y se recuperan en su desplazamiento, transitando hacia un presente diferido.

[...] la historia femenina habrá de leerse como una historia que posee tiempos y espacios; que no obstante aparecer oculta al presente, se nos manifiesta en tanto nos permitamos leerla desde la perspectiva del *fin* que dicha historia persigue, y que no es otro que la búsqueda y la recuperación de identidades que nos son y nos han sido negadas a las mujeres (Kirkwood 2010 31).

Se trata de dar espacio al encuentro con la identidad, al mismo tiempo en que se la va poniendo en cuestión. Recuperar las identidades para conocerlas, comprenderlas, reconocerse y terminar con ellas. Deconstruirlas. Su tiempo, su des-tiempo, suponía también un aplazar, una alteración en la lógica de la resistencia, una suspensión en la experiencia del terror para travestirla en experiencia emancipadora del conocimiento. Y, también, más profundamente, implica una fisura en el orden de la lógica del enseñar. Porque la práctica docente de Kirkwood no transita por la superficie de lo medular, es decir, no es simplemente una transformación, ni una inversión, ni menos un intercambio, sino que se trata más bien de un des-centramiento y de una práctica en cuestión de la diferencia sexual. La docencia

feminista se trata de una experiencia deconstructiva del género, de una experiencia de enseñanza que solo encuentra su realización en el aprendizaje en acto de las otras, lo que podría pensarse en su performatividad. Kirkwood afirma: “si estas especificidades de discriminación de la mujer son construidas social y culturalmente, entonces pueden y deben ser modificadas cultural y socialmente (no deja de ser un alivio: no abandonar nuestro sexo, sino deconstruir nuestro género)” (Kirkwood 2017 36).

Un *feminario* es un programa mínimo —un fuera de obra— en el que la disolución de los límites de la práctica docente convencional y de las definiciones de la resistencia política tradicional terminan con oposiciones, supuestos y naturalizaciones referidas al orden patriarcal, lo que implica “una deconstrucción de todos los efectos del *falologocentrismo* que no [pretende] ser solamente ‘teórico’ o ‘especulativo’ sino concreto, efectivo, político” (Roudinesco y Derrida 32). Así, la opresión femenina, que Kirkwood define como el fin político del área docente del feminismo, interpela, desde lo más inicial de la formación feminista, a la filosofía occidental, abriendo una doble fisura: al *logos* platónico y también al psicoanálisis freudiano y su simbolismo greco-freudiano del falo, según el cual existe una sola libido o energía sexual, que sería de esencia masculina. El *feminario*, tanto desde Wittig, como la forma de destruir el pensamiento heterosexual, como desde Kirkwood, en cuanto pensamiento diferido, abre la posibilidad de que el pensamiento no reproduzca un orden opresor, dominante y hegemónico, desde un amplio punto de vista. Y, en este sentido, la importancia de la conversación como *habla* nos sitúa en el campo del lenguaje, puntualmente en su performatividad como posibilidad de transmisión del pensamiento.

Por esta razón, se trata de forzar un *feminario* y no pensar *Feminarios* desde cierta comodidad filosófica, para tomarlo, conocerlo, entenderlo y aplicarlo. Tampoco se trata de quedarse en la valoración de esta propuesta docente como una didáctica, como una metodología formalizable que no haría más que perpetuar la deuda de la filosofía con el feminismo, como lo hace con cualquier tipo de práctica política de la disciplina filosófica. El feminismo docente de Kirkwood abre la

posibilidad de pensar “una clase de filosofía” cuestionando, ya no tan solo la naturalización del valor de la razón y la neutralización de la lógica de la verdad, sino también, y sobre todo, la responsabilidad política de este orden discursivo de la filosofía. Como se trata de responsabilidad política de la filosofía, es urgente ir pensando en la posibilidad de su transformación institucional, o, dicho de otra manera, en su orden instituyente. Y aquí la cuestión se vuelve compleja, porque se trata de que la filosofía no desaparezca, que se transforme a tal punto que devenga democracia y que, a la vez, el orden de pensamiento patriarcal —falocéntrico— se deconstruya a tal punto que el pensamiento de mujeres, la filosofía feminista y la teoría de género propicien la práctica política de mujeres, y que “no tienda, nuevamente, a la negación de sí misma y a la reafirmación de su no-identidad” (Kirkwood 1990 25). Lo que vale para el trabajo intelectual de las mujeres en general y para las que han desarrollado un trabajo filosófico en particular.

#### 4. Lo singular y lo diferido

¿Es posible configurar una filosofía que se deje fisurar por el saber feminista? Esta pregunta interroga la posibilidad de una contradicción de base: la fuerza de la rebeldía feminista, de la ira intelectual, se moviliza en *el* des-tiempo: “cuando Kirkwood planifica o diseña estas estrategias de encuentro en el conocimiento tiene unas cuantas obsesiones: la invisibilizada historia de las mujeres, la cuestión de lo político y la política feminista, el cuerpo teórico producido por el feminismo” (Luongo 2008 50). Podríamos responder a esta constatación —suficientemente conocida y valorada por el sentido común— con el silogismo: el sexo masculino es poder, el conocimiento es poder, por lo tanto, las mujeres debemos disputar el conocimiento y sus espacios. En relación al conocimiento en cuanto tal, la autora es enfática: “[...] *esto es falso* porque el conocimiento total, observable, dado que ha sido elaborado en una situación de poder masculino, contiene la discriminación desde la que ha sido hecho. El conocimiento está constituido, elaborado, transmitido, impuesto y legitimado desde el poder masculino” (Kirkwood 2017 154). Por tanto, esta disputa, más

que buscar una deconstrucción del género a partir de una “toma de conciencia feminista”, se reduciría, en efecto, a una guerra de sexos, es decir, “a disputar (con fuerza) el botín del vencedor: el conocimiento” (*Ibíd.*). Esta situación, que el feminismo de Kirkwood pretende superar mediante la docencia, implica partir de la antinomia que subyace en el saber feminista: ¿cómo universalizar lo particular, lo absolutamente singular? La universalización de la *différance* concedería el movimiento necesario —los espacios de juego— para salir de la inmediatez de la oposición masculino-femenino porque

permite pensar el proceso de diferenciación más allá de toda especie de límites [...] [y facilitar] un movimiento de espaciamento, un “devenir espacio” del tiempo, “un devenir tiempo del espacio”, una referencia a la alteridad, [y transitar por] una heterogeneidad que no es primero oposicional.

Todo conocimiento para que no perpetúe su carácter sexista tendría que someter la repetición “a cierta inscripción de lo mismo como *différance*” (Roudinesco Derrida 2009 30).

Al desdoblarse el eco, Lucie Maure grita la frase de Fenetretes, digo que lo que es, es. Digo que lo que no es, es igualmente. Como reincide varias veces en la frase, la voz desdoblada, y luego triple, *superpone sin cesar lo que es y lo que no es*. Las sobras caídas sobre el lago se agitan y comienzan a temblar a causa de las vibraciones de la voz (Wittig 1971 14).

Antes habría que puntualizar algunos riesgos y coartadas que supone la disputa de los espacios, en virtud de pensar una escena filosófica en la que sea posible un despliegue de lo antinómico. Antes nos referíamos al des-tiempo de Julieta como la explicación ante su estrategia feminista, en tiempos en que lo que importaba era combatir directamente a la dictadura. Pues bien, esta astucia se articula desde la oblicuidad del rechazo a lo “políticamente correcto” o lo que, en otras palabras, podríamos definir como la crítica a “una política que descansa sobre la idea de que, para reparar la desigualdad, conviene

valorizar una diferencia con otra diferencia” (Roudinesco Derrida 2009 35). Según Gilda Luongo, la figura del trabajo de Kirkwood contiene “una articulación de un cruce posible, un intento de interrogar desde la especificidad y la singularidad de las mujeres la política y lo político en tiempos de la dictadura en intersección con planteamientos más globales” (49). No se trataría, entonces, de identificar otro objetivo de lucha, de sustituir, ni tampoco de jerarquizar y delegar la resistencia, sino de “una reafirmación de lo mismo, una economía de lo mismo en su relación con el otro, sin que sea necesario, para que exista, cuajarla o fijarla en una distinción o un sistema de oposiciones duales” (Roudinesco Derrida 2009 30).

Un ejemplo interesante, por la dimensión que enmarca y por las definiciones que proyecta (establece el adentro y afuera), es la Ley de Cuotas. Deja en el marco jurídico garantías para las mujeres y, al mismo tiempo, legaliza formas y materialidades del pensamiento heterosexual y binario.

Se trata de una medida de “acción afirmativa”, es decir, la acción de una política pública que busca impulsar la igualdad de derechos con la finalidad de superar el desequilibrio que impide a las mujeres acceder a cargos de elección popular en igualdad de condiciones respecto de los hombres. Es decir, las cuotas actúan como “acelerador” para aumentar la inclusión de las mujeres a la política y toma de decisiones<sup>6</sup>.

¿Cómo estar en desacuerdo con esta ley? ¿Cómo no exigir a la autoridad protocolos, normativas y decisiones que confronten la desigualdad de género? El carácter normativo de la ley nos somete a una contradicción: recurrir a decisiones jurídico-políticas formales para “impulsar la igualdad” puede llegar, incluso, a repetir el entramado de significantes culturales que perpetúan la violencia de género. En

<sup>6</sup> Cfr. <http://leydecuotas.cl/que-es-una-ley-de-cuotas/>. En Chile, la Ley de Cuotas exige a los partidos políticos que las mujeres ocupen al menos un 40% de los cupos de candidatos a la Cámara de Diputados y al Senado. Se eligieron 6 senadoras de 23 cupos y 36 de 155 diputadas, lo que significa alrededor de un 23%.

primer lugar, porque el sujeto de la ley ya está definido de antemano, su significación ya está dada y, por tanto, en palabras de Butler:

Repite el proceso por el cual esconde y dicta sus reglas [significantes] precisamente mediante la producción de efectos sustancializadores. En cierto modo, toda significación tiene lugar dentro de la órbita de la obligación de repetir; así pues, la “capacidad de acción” es estar dentro de la posibilidad de cambiar esa repetición (Butler 2007 282).

En segundo lugar, porque estas decisiones son tomadas por políticos y, por tanto, tienen su origen “allí donde jamás pudieron ni quisieron cambiar las cosas, precisamente a causa de la resistencia de su propio cuerpo. Una resistencia paralizada, paralizante” (Roudinesco Derrida 33). Y, en tercer lugar, como muestra Alejandra Castillo, la ley pone en cuestión al feminismo incluso al límite de que “el fortalecimiento y supervivencia del capitalismo estaría asegurado, principalmente, por la incorporación de demandas e idearios críticos luego “resignificados” desde la gramática del propio capitalismo” (Castillo 2011 90).

Sin proponer prescindir de la ley, vuelvo a la docencia feminista, al cuerpo y a las políticas de la filosofía. Julieta Kirkwood piensa en la formación de un cuerpo docente feminista: “A medida que las miembros de este seminario nos vayamos sintiendo preparadas, podemos elaborar cursillos. El fin político feminista: la formación de una vanguardia feminista (teoría y experiencia) que asuma tareas de generación del movimiento, constantemente sometido a prueba” (Kirkwood 2017 160).

Desde esta perspectiva, pareciera que la única manera de que la filosofía se responsabilice de la deuda que acumula con el feminismo es que tome conciencia de sus prácticas políticas. Esto significa abordar la filosofía desde sus “formas institucionales a las que da lugar la necesidad de regular límites” (Bisset 2016). En efecto, la referencia en *Feminarios* a la intimidad de la sujeta como principio de estudio, la consiguiente proyección a la ira intelectual como movilizadora de la rebeldía, lo político puesto en lo cotidiano de la existencia, y el trabajo de conocimiento y de pensamiento en colectivo, tensionan

las prácticas filosóficas al punto de localizarlas cercanas al poder masculino, a un privilegio de clase y a una lengua científica que, junto con eternizar formas metafísicas de exclusión, fortalecen el lenguaje científicista al cual están sometidas las humanidades hoy. Precisamente, la oportunidad de reivindicar el feminismo y, al mismo tiempo, resguardar el espacio de la institucionalidad filosófica, requiere repensar la humanidad de las humanidades.

## Bibliografía

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.

Bisset, Emmanuel. "Política de la filosofía en Jacques Derrida", *Ágora* 35/2 (2016): 27-49.

Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós, 2007.

Castillo, Alejandra. "¿Qué es un feminario?", en Julieta Kirkwood, *Feminarios*, Viña del Mar: Asociación Communes, 2017.

Castillo, Alejandra. *Disensos Feministas*. Santiago: Palinodia, 2011.

Derrida, Jacques. *Du droit à la philosophie*. Paris: Galilée, 1990.

Derrida, Jacques. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Ed. Tecnos, 2018.

Derrida, Jacques. *La verdad en pintura*. Buenos Aires: Paidós SAICF, 2005.

Kirkwood, Julieta. *Feminarios*. Santiago: Documentas/Mujer, 1987.

Kirkwood, Julieta. *Feminarios*. Viña del Mar: Asociación Communes, 2017.

Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: LOM, 2010.

Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago: Cuarto Propio, 1990.

Luongo, Gilda. "Kirkwood y la luna negra", *Nomadías* 8 (2008): 48-57.

Roudinesco, E. y Derrida, J. *Y mañana, qué...* Buenos Aires: FCE, 2009.

Vermeren, Patrice. *Víctor Cousin: el juego político entre la filosofía y el Estado*. Buenos Aires: Homo Sapiens, 2009.

Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual*. Madrid: Egales, 2006.

Wittig, Monique. *Las guerrilleras*. Barcelona: Seix Barral, 1971.